

LOS BESOS BLANCOS DE EMELINA

Está feliz EMELINA, se lee en sus ojos; los besos son suyos, los ¡vivas! son para ella, las miradas inquirientes son para que las tome, los deseos para que los queme y el lenguaje de los piropos para que los colecciona. Ha llegado sonriendo a la estación de Alcázar que la recibe con bandera y música que son los máximos honores que manda la Ordenanza. La esperaban sus amigos, todo el paisanaje la aclamaban como si fuera una heroína de la mitología. EMELINA CARREÑO, venía de la gran hazaña con su título de MISS ESPAÑA en la mano conquistado a base de rostro bello, figura gracil, pero, ella, puso también el alma por si le valiera, porque el alma es la base de la hermosura y lo demás un accidente que se agosta y muere.

La crónica de "EL DESPERTAR", un periódico de Alcázar de San Juan, de la época (1931), es un modelo de ingenuidad periodística; narra el acontecimiento con detalle escénico, con infantilidad y, con una pícaro osadía de descubrir los interiores de la elección. **Emelina Carreño**, sobre las demás concursantes, había ganado; había sido la mas bella, la mas encantadora, la mas delicada dama, la mas deseada del jurado de etiqueta.

En el año 31 del siglo, esto era un importante acontecimiento social de primer orden —como decían los

cronistas—; superaba a los desarmes de las luchas parlamentarias; a la imagen agónica de la nación por las revueltas anarquistas, tristemente empobrecida, a la debilidad de los gobiernos, a la prepotencia de ciertos sectores sociales, al anticlericalismo exacerbado que llevaría a la quema de los conventos, a la lucha de clases que terminaría con el derrocamiento del Gobierno Aznar y proclamando la primera República.

"EMELINA CARREÑO, NUESTRA LINDA PAISANA PROCLAMADA REINA DE LA BELLEZA ESPAÑOLA". Así

titulaba en grande, el periódico, semanario independiente "El Despertar" de Alcázar de San Juan, en edición extraordinaria de fecha 27 de enero de 1931. "La bella **Emelina** —seguía diciendo el semanario— ha conquistado el honroso título de **MISS ESPAÑA 1931**. Triunfo rotundo y merecido de esta castiza alcazareña, cuyo conjunto de divinidades tan poéticamente engarzadas, tienen la virtud de transportarnos a regiones de ensueño".

Los besos de Emelina fueron tantos y muchos, todos para corresponder a los elogios y frases hechas de periodistas y cortesanos. No saben naturalmente, como aquellos de **Teresa Panza**, a suero y a ajo; no eran besos estos, como de lagar sin uva; de molino sin cibera; de azequia sin agua; besos al vacío con bendiciones cristianas para establecer una aproximación entre las gentes, distantes y alejadas muchas de ellas por "dimes y diretes" políticos. Y es que los besos de la mujer son un gran revelador de bondades y hasta de secretos. La mujer, cuando dedica un beso, lo trasfiere a su celaje y a su corte suscribiendo con ello una lealtad anónima que necesita su propia vida; el beso es como un delirio inconfesado que arrebató la temporalidad de los cuerpos. **Emelina** quería corresponder con sus gentes, con su pueblo y nada mejor que dejarles una lluvia de besos. Si ahora fuera el evento, tendría que pararse a reflexionar el como corresponder con un pueblo que le había dado sol y cuna en su nacimiento.

Al recordar hoy esta efemérides, Alcázar de San Juan se tiene que sentir complacido. La muchacha alcazareña de ojos de gacela, de piel color de trigo y aldeana por gozo y hermosura, trajo para su pueblo los mejores acentos de lo noticiable de primera página y en una sociedad estremecida y desencantada por acontecimientos que hirieron su propia entraña.

Diego de Pasamontes